

LAS GUÍAS DE ORTEGA

ZAMORA BONILLA, Javier (ed.): *Guía Comares de Ortega y Gasset*. Granada: Comares, 2013, 371 p.

DOMINGO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ
ORCID: 0000-0002-6893-6097

Uno de los motivos recurrentes típicamente orteguianos, esas citas o expresiones que aparecen y reaparecen de modo insistente aquí y allá, consiste en la alusión al que Ortega considera su título favorito para una obra filosófica. Lo repite en multitud de ocasiones, con palabras casi idénticas que sólo levemente, muy levemente, modifican su adjetivación: el título mejor, el más certero, el más acertado... Sea como sea, la conclusión siempre es la misma: “el título de obra filosófica más bello que a mi juicio existe es el del libro de Maimónides que se llama *Moreh Nebukim –Guía de los perplejos*” (IX, 388). La adecuación de tal título a las teorías más conocidas de Ortega es fácil de percibir. Así, esa vida entendida como encrucijada, perpleja ante el cúmulo de posibilidades que se le abren en cada instante, nos obliga constantemente a elegir y decidir, a hacer nuestro propio vivir y, por tanto,

ser esforzados guías de nosotros mismos. No siempre elegimos el camino correcto, claro está, no siempre nos decidimos por la mejor opción, pero el hecho es que, de modo ineludible, en la encrucijada hay que decidirse, hay que elegir.

Salvando todas las distancias que se quiera, algo similar ocurre cuando uno se sitúa ante la obra de un autor. Apabullados por el cúmulo de pensamientos, de opciones de interpretación, de deseos de comprensión o de modos de lectura, también ahí es necesario elegir y decidirse. Por supuesto, aquí no está la vida en juego, pero sí el situarse, el *definirse* ante ella, o ante un detalle de ella, en este caso el acceso a un *corpus* de pensamiento. Con una ventaja: podemos acudir a ciertas disposiciones, a determinadas guías que nos enseñen lo que hay, sin ocultar nada, para así poder optar, ya orientados, por un camino u otro. Éste es el valor de las guías, éste es el valor de la *Guía Comares de Ortega y Gasset* editada por Javier Zamora Bonilla. Una herramienta más, y ya son muchas, demasiadas como para seguir obviando el trabajo del Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación José Ortega y Gasset - Gregorio Marañón. Y es que ya no hablamos sólo de la joya de

Cómo citar este artículo:

Hernández Sánchez, D. (2014). Las guías de Ortega. Reseña de “Guía Comares de Ortega y Gasset” de Javier Zamora Bonilla. *Revista de Estudios Orteguianos*, (28), 169-172.
<https://doi.org/10.63487/reo.390>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 28. 2014
mayo-octubre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

la corona –la nueva edición de *Obras completas*, obviamente–, también de la revista, de congresos y simposios, de ediciones y colecciones, de todo tipo de herramientas, en fin, que permitan una orientación, cierto es, pero una orientación bien hecha: poco sentido tendría esta *Guía* si no hubiera obra sobre la que guiar, innovaciones que atender, aportaciones que valorar. Incluso, me atrevería a decir, hablamos de una forma de hacer, en ocasiones arriesgada: la de la apertura y la colaboración, la de la generosidad y el trabajo. Todo ello se aprecia en esta *Guía*, por lo que quizá, y antes de pasar al comentario del libro, debería expresarse una vez más el agradecimiento a Javier Zamora y al Centro de Estudios Orteguianos.

En su aportación al volumen, recuerda Francisco José Martín aquello que ya enfatizó Gracián: que hay unos guías que guían y otros que desvían (p. 171). Yo iría más allá y, además de cambiar el género, ampliaría las posibilidades: ciertamente, *unas* guías guían y otras desvían, algunas son falsas, sin más –sea por el tono exageradamente laudatorio, o por abusar del gesto descriptivo, o por cualquier otra razón que las convierta en *guías impostadas*–, y otras, las más cuidadas y trabajadas, como esta *Guía Comares de Ortega y Gasset*, muestran lo que hay, o, mejor, ofrecen una perfecta muestra de lo que hay y exponen de modo claro los caminos por los que el investigador puede transitar. Podría decirse que falta tal autor, que este tema o aquel otro deberían aparecer más o menos –de hecho, por ponernos quisquillosos, sólo aprecio una ausencia temática que quizá hu-

biese merecido una atención mayor: Europa–, pero lo verdaderamente importante es que esta *Guía* tiene dos características que la convierten en una herramienta valiosísima para aquel que desee acercarse a los textos Orteguianos: pluralidad y coherencia. Y es que, de un modo agudo y sutil, Javier Zamora ha optado por un método de superposición de planos que, como el mismo editor indica en la Presentación, dispone “un paisaje que intenta ser más o menos completo, al tiempo que complejo” (p. 1). Guiar y problematizar, ése es el objetivo, y se cumple con creces. De hecho, a las palabras del editor casi podría responderle el propio Ortega: “Al servirnos de guía suscita usted problemas que voluntariamente deja sin resolver” (III, 739). Y es que de eso se trata, de presentar temas que ocasionen problemas y, por tanto, obliguen al lector a continuar lo expuesto en la *Guía*, esto es, a continuar leyendo a Ortega.

Pero volvamos a esa superposición de planos, también a la pluralidad y coherencia. Porque, en efecto, quizá sea esta cuestión una de las mayores aportaciones del volumen que comentamos. Si el término no hubiese pasado a convertirse en una etiqueta odiosa, sobre todo en el ámbito universitario, casi podríamos englobar tal cuestión bajo una única palabra: transversalidad. Y es que Javier Zamora ha sabido unir la presencia de investigadores más consagrados en el contexto Orteguiano con otros quizá no tan habituales pero igualmente valiosos; también ha sabido conjugar los distintos niveles de investigación, el histórico con el temático, el estilístico con el bibliográfico; asimis-

mo, ha sabido elegir autores, temas y problemas que exponen opciones de interpretación diferenciadas –la fenomenológica, la hermenéutica, la que enfatiza la razón práctica, etc.–; por último, quizá sobre todo, ha logrado que el lector perciba claramente dos modos de entender la filosofía –en este caso la de Ortega, pero serviría para cualquier otra–: uno más filológico y textual, otro más apegado a la filosofía canónica y su historia. Conjuntando todo ello, es decir, moviéndose entre los distintos planos, el lector puede encontrar en esta *Guía* no sólo una serie de claves para entender a Ortega, sino también para entender el orteguismo y los estudios orteguianos. Eso es *leer a Ortega a la altura de nuestro tiempo*, robándole el título a la valiosa aportación de Tomás Domingo Moratalla (p. 331), y por ello casi podríamos decir que esta *Guía Comares de Ortega y Gasset* no es sólo una orientación para moverse en el apasionante mundo del *corpus* orteguiano, sino también una clarísima aportación para saber qué es qué y quién es quién en el modo de acercarse a ese mismo *corpus*. Una *guía de guías*, por tanto, que ineludiblemente obligará al lector a situarse y definirse ante temas y estilos, contenidos y métodos, del mismo modo que lo hacen los autores que participan en el volumen al exponer sus ideas y defender sus interpretaciones.

Atendiendo de un modo breve al contenido, esta *Guía Comares de Ortega y Gasset* aparece estructurada en cuatro apartados. El primero, “Biografía de una filosofía”, analiza de modo cronológico los hechos y temas fundamentales en el itinerario filosófico de Ortega:

Pedro Cerezo examina con detalle la primera época orteguiana, hasta 1914; Javier San Martín dedica su aportación al contexto de la recepción de la fenomenología, especialmente en torno a los años veinte y *El tema de nuestro tiempo*; José Lasaga estudia los fundamentales cursos de los años treinta, situados alrededor del conocido como *¿Qué es filosofía?*; Javier Zamora se traslada al marco de los años treinta y cuarenta y detalla con rigor los avatares de la *razón histórica*; Isabel Ferreira, por su parte, se centra en la teoría filosófica de lo social y el tema de los usos y vigencias, mientras que Agustín Andreu, por último, dedica su aportación al imprescindible *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*. Analizado conjuntamente, este primer bloque del libro ofrece una mirada rigurosa sobre contenidos fundamentales del legado orteguiano, permitiendo al lector una primera contextualización historiográfica de Ortega y su obra. Tal contextualización se ve perfectamente completada por la sección que la continúa.

Efectivamente, “El estilo de un pensamiento abierto”, título del segundo bloque, se inicia con un lúcido análisis de la relación entre filosofía y literatura en Ortega por parte de Francisco José Martín, análisis que esconde en último punto una sólida y valiente defensa de un modo de entender el ejercicio filosófico. A continuación, Ignacio Blanco ofrece un detallado examen del estilo periodístico y ensayístico de Ortega, mientras que Jesús Conill, en el artículo que cierra la sección, concreta de un modo riguroso su tesis sobre la transformación hermenéutica de la fenome-

nología. Asume así este artículo, a su vez, la misión de puente, de engarce con la tercera sección, donde, bajo el título “Temas orteguianos”, en primer lugar Jaime de Salas analiza con minuciosidad los conceptos de perspectiva y salvación, íntimamente unidos a categorías fundamentales en Ortega como la de vocación o autenticidad. Jesús M. Díaz aporta a continuación un meticuloso estudio de la ética y la filosofía política orteguianas, problematizando además de un modo sólido y coherente el complejo tema de “los liberalismos de Ortega” (p. 266). Cierran la sección el análisis de la estética orteguiana por parte de Eve Fourmont Giustiniani, y un cuidado artículo de Agustín Serrano de Haro sobre el tema del cuerpo, aportando la sugerente tesis de una mayor coherencia orteguiana en textos de los años veinte como “Vitalidad, alma, espíritu”, que en su contextualización alrededor de los años cuarenta y el ámbito de la razón histórica. La cuarta y última sección, “Bibliografía”, está formada por un único artículo, el ya mencionado de Tomás Domingo Moratalla, una aportación a la que no haríamos justicia si la denominásemos únicamente bibliografía comentada, aunque también lo sea.

Cuando Ortega analizaba el tema de la lectura y *el decir* en el marco del

proyectado *Principios de una nueva filología*, solía insistir en aquellos dos principios, el de deficiencia y el de exuberancia, que habrían de ser los pilares de la teoría. El primero remitía a la imposibilidad de “decir plenamente lo que nos proponemos decir”, el segundo a que “nuestro decir *manifiesta* siempre muchas más cosas de las que nos proponemos” (VI, 612). Ambos principios se concentraban alrededor de la idea de la lectura como faena utópica, quizá ya anunciada por aquel “leer pensativo” (I, 772) de *Meditaciones del Quijote*. Podría incluso afirmarse que tal idea de la lectura conjuga a la perfección con la teoría orteguiana de los clásicos, aquello de que el clásico lo es sobre todo por seguir planteando problemas y, además, siendo útil para los que ya no son los suyos. Todo ello ha de aplicarse a Ortega y sus textos: rastrear en ellos lo que dicen sin decir, buscar los huecos para su ampliación, escudriñar los resquicios que posibilita su escritura, insertar sus problemas en los nuestros..., en una palabra, contemporaneizarlos, el método del propio Ortega para la salvación del clásico. Esta *Guía Comares de Ortega y Gasset* es una sólida herramienta para llevarlo a cabo: para continuar leyendo *pensativamente* a Ortega, para seguir salvando al clásico llamado José Ortega y Gasset.